

Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, El Colegio de México, FCE, 2011 (segunda edición crítica con introducción, comentarios y traducción de nuevos textos de Max Weber, inéditos en español, por Francisco Gil Villegas), 587 pp.

MANUEL GIL ANTÓN\*

La segunda edición de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, no sólo obra clásica de Max Weber, sino de toda la tradición sociológica, coeditada por El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica en México, contiene una riqueza adicional con respecto a la previa y a las que otras editoriales han realizado: es una edición crítica e incluye, como parte del nuevo texto a disposición en castellano, una introducción, comentarios y la traducción de nuevos textos de Weber hasta ahora no accesibles en nuestro idioma. No contamos con una reimpresión, ya de por sí valiosa, sino lo que en estricto sentido es una segunda edición en buen lenguaje editorial. No es menor lo que está a nuestra disposición.

Con independencia de la oportunidad de participar en un seminario especializado en Weber con el editor, Francisco Gil Villegas, sus trabajos forman parte del ejercicio de un magisterio que no requiere la cercanía física: en el detenido, responsable y no menor esfuerzo de trasladar a nuestro tiempo y habla el sentido de esta obra, ha logrado contar con un conjunto de lectores que, por su medio, están en condiciones de ahondar en el pensamiento de este clásico en nuestro oficio. Entre ellos me incluyo.

A partir de sus aportes, y los de otros colegas mexicanos conocedores de las aguas profundas de la obra y circunstancia del sociólogo mencionado (de forma destacada Luis Fernando Aguilar Villanueva), así como de académicos que en la docencia de estos temas han trazado senderos, no tan visibles como la moda de publicar o perecer, pero quizá más importantes en la construcción de una comunidad sociológica nacional, cuyo caso ejemplar lo ha cumplido, en mi formación teórica, la maestra Lilia Pérez Franco en la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Azcapotzalco (a sabiendas de que en otras coordenadas institucionales función similar realizan otros profesores), tengo para mí que Weber propone a quien lo estudia un reto apasionante: lejos de pretender la construcción de una teoría social, consecuencia lógica de su convicción y evidencia histórica de la imposibilidad de sostener la universalidad de los valores, invita a *hacer* sociología, esto es, a construir explicaciones que permitan comprender, o estructuras de inteligibilidad que hagan posible explicar, en alguna medida, ¿por qué lo que nos interesa, apasiona u ofende de los fenómenos sociales ha sido y es así, y no de otra manera?

Quizá el mejor modo de dar cuenta del contenido y valor de esta obra, y el que considero es más adecuado en el caso de una reseña que vaya más allá que indicar las partes del libro (glosar en el mejor de los casos el índice) en procura de hacer

\* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

justicia al empeño que subyace a la elaboración de este texto, es compartir con los lectores una conjetura a la que su lectura me ha conducido. Cuando los libros permiten que en el silencio del casi olvidado acto de leer —sólo interrumpido por el sonido que produce la pluma en el cuaderno de notas— una idea vaya conformándose, avanzando o retrocediendo, cambiando, y al final siendo posible expresarla, es que valen la pena. Hay en esto, sin duda, el prodigioso trabajo de Weber, pero contextualizado por Gil Villegas. Desde ahí expongo el saldo del estudio que pude realizar con base en esta edición.

### **El guardagujas ciego**

La ilustración de la portada del libro, obra de Rogelio Rangel, es estupenda: un guardagujas,<sup>2</sup> operario específico en el oficio ferroviario, alza y flexiona su pierna derecha para empujar, junto con la palanca que tiene asida con la mano del mismo lado, el mecanismo que hará que el tren que atisba a la distancia tome cierta dirección. Su movimiento, en apariencia sutil, hará que una enorme máquina que por supuesto no ha creado ni impulsa, que seguro bufá y suena como deben sonar los trenes, que preñada de inercia, veloz e imparabile, viene y se acerca; esa tarea propia y definitiva de su qué hacer hará que la locomotora y sus vagones modifiquen, o no, la inercia que trae consigo.

El instrumento que acciona la conducirá en cierta dirección, pero no de manera abrupta o contraria a su tendencia —no descarrila al tren ni lo detiene, tampoco lo impulsa—, sino que le abre rieles posibles para rumbos diversos. No altera la máquina: mueve, y son centímetros, las “agujas” de los rieles. Sigue yendo el tren, sin duda, pero la acción del guardagujas es crucial en su destino.

Francisco Gil Villegas ha provocado, quizá sugerido, la ilustración, y tal decisión le ha puesto rieles a mis palabras, pues el epígrafe a toda la obra es una cita de Weber, escrita en 1919, de una lucidez asombrosa: “Los intereses materiales e ideales, y no las ideas dominan directamente la acción de los hombres. Pero muy a menudo las ‘imágenes del mundo’, creadas por las ‘ideas’, han determinado como guardagujas los rieles sobre los que la acción viene impulsada por la dinámica de los intereses” (p. 7).

Los intereses llevan a actuar, ya sean materiales o ideales. A la acción humana la impulsa la dinámica de los intereses pero no es extraño que esas creaciones de las “ideas” que son las “imágenes del mundo”, como el guardagujas, determinen los rieles por donde transcurrirá el actuar humano, aspecto que no es —entiendo— en absoluto baladí para comprender explicando, o explicar comprendiendo, la acción en su transcurso y resultados.

A diferencia de la ilustración —que ilustra, sin duda, pero como toda obra gráfica, en su poder de mostrar, y por el poder de-mostrar, inevitablemente modifica—

<sup>2</sup> El guardagujas, anota el diccionario, es la persona que en los puntos de empalme de los ferrocarriles tiene a su cargo mover las agujas cuando ha de efectuarse un cambio de vía.

luego de leer el libro advierto que, tal vez, requiere un detalle, en apariencia sutil: el guardagujas no ve acercarse el tren. Esto es lo que quiero compartir y proponer a discusión al futuro lector: el guardagujas está ciego con respecto al tren que con su acción tomará un rumbo específico.

No lo mira, no puede; ni su cara voltea —merced al sonido— hacia *ese* tren porque no lo requiere para actuar como tal, no le hace falta ni le es advertible su devenir: accionará la palanca buscando otra cosa (a lo mejor pensando en otra locomotora, es posible), orientando su acción por intereses precisos, ideales, valores, que, por efecto no esperado, el azar, generarán una manera de mirar el mundo que dará dirección peculiar a un tren que por ahí, sin que el guardagujas ciego lo pretenda o lo anticipe, pasará.

Desde el lugar del lector: nunca pasivo y siempre influido por lo que sabe, cree que sabe, le interesa o cuestiona, luego de atender a la introducción del editor; revisar o visitar el cuerpo del texto con la comparación que Gil Villegas procura entre los ensayos de 1904 y 1905 con la versión de 1920; advertir y asomarse a, y enterarse por, las notas del crítico informado y, sin duda, luego de leer los textos adicionales de Weber, un aporte neto del editor, y disfrutar la discusión (no exenta de ironías y provocaciones) del sociólogo alemán con sus críticos y, para rematar, aproximarme al ensayo que el editor escribe en torno a la importancia de las respuestas de Weber a sus tempranos críticos; luego de todo este andar por las veredas que ofrece la obra, propongo, imagino, considero y creo que es posible afirmar, con sentido, que el guardagujas es ciego.

En la introducción se advierte que la “guerra académica de los cien años” —los debates en torno a esta obra— ha sido fructífera, a veces desesperante, increíblemente actual, pero llena de equívocos derivados tanto de malas lecturas como de una plaga vieja y contemporánea: la falta de lectura a secas, con profusión de conclusiones sin fundamento. Las aclaraciones preliminares de Francisco Gil Villegas son muy importantes en la lógica de esta edición.

Las enuncio con el atrevimiento que significa que serán andamio en la imputación de la ceguera al guardagujas:

- 1) Weber nunca afirmó, se dice y muestra, ni que el protestantismo fuese “causa genética del capitalismo” ni menos que lo precediera. El surgimiento de la estructura originaria del capitalismo la ubica Weber en la baja Edad Media.
- 2) Lo que sí dijo, lo que considera y propone es que “una variante específica (del protestantismo), la concepción de racionalismo de dominio del mundo del *ascesitismo intramundano* del calvinismo, tuvo una importante *influencia* y *afinidad electiva*”, no con el capitalismo en general, sino con el espíritu del capitalismo”. Aclara: “es decir, con una manera específica de concebir la ética de trabajo en la vida cotidiana de la actividad económica capitalista”.
- 3) Por eso, el que esto escribe, aspira a que quizás está en buena compañía (la del experto, erudito sí, pero sobre todo profundo estudioso: el editor del libro) en la irreverencia de cegar al guardagujas. No quiero implicarlo en mi probable sesgo, lo asumo como propio, pero algo habrá de cierto sí, como él dice: “El

impacto de la ética del *ascetismo intramundano* del calvinismo sobre el desarrollo del capitalismo moderno es (así) *indirecto*, no es causal genético porque la dinámica del desarrollo histórico del capitalismo moderno viene de mucho antes de la aparición de la Reforma protestante”. Anoto en mi cuaderno: el tren ya venía. Lo que sucede es un encuentro entre dinámicas propias de intereses y una visión del mundo que les es afín, pero que ni lo produce o precede (al tren), ni ha sido producto directo, a su vez (esta concepción del trabajo en el contexto del ascetismo intramundano), del complejo proceso que significa la construcción y puesta en marcha del tren.

- 4) Gil Villegas afirma que la “ética protestante” —ese encuentro— tuvo un importante impacto en el desarrollo histórico del capitalismo occidental a partir del siglo XVII, pues fungió, son sus palabras, como una especie de guardagujas que modificó la trayectoria de la dinámica de intereses materiales en la que ya venía “encarrilado” el desarrollo del capitalismo moderno.
- 5) Precisa algo importante: no estaba refutando, con estos escritos, a Marx (al que bien conocía). Se dice, erróneamente, que propone contradecir la causalidad unilateral materialista por otra, del mismo tipo, pero idealista. El editor/autor de la perspectiva argumenta en contra de esta falacia, recordando las propias palabras de Weber, quien dice que si bien ambas son posibles (la causalidad unilateral materialista o la idealista), “se haría un flaco favor a la verdad histórica si se pretendiera con ellas no *iniciar* la investigación, sino darla por concluida”. Esta idea de una conjetura de partida, hipótesis de trabajo, pone en claro que Weber estaba muy consciente de lo inacabado del estudio: es más, luego dirá que era preciso estudiar el impacto probable, si lo hubiese, del capitalismo en cierto momento histórico sobre el ascetismo intramundano. La relación inversa, tan propia de la complejidad social. Es, pues, un investigador, sobre todo en los escritos de los años 4 y el 5 del siglo XX, no un dogmático.
- 6) La relación de la ética y el espíritu (tipos ideales), es mucho más abierta y flexible, señala, refiriéndola a “meras afinidades electivas”. Destaca que el objetivo de la investigación, en palabras de Weber, es preciso: “la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una ‘mentalidad económica’, de un *ethos* económico, fijándonos en el caso concreto de las conexiones de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético”.
- 7) Hay una sección, en la página 12, que en mi lectura resultó crucial, pues Francisco Gil Villegas ubica a estos trabajos en la culta y plural forma de proceder que caracteriza el método de trabajo de Weber no sólo en estos escritos: en efecto, “las condiciones materiales para el desarrollo del capitalismo moderno fueron suficientes y necesarias si se combinaban con una precondition ‘ideal’ adicional (para tener las características que tuvo): la santificación del trabajo mediante una vocación, y recíprocamente —continúa el editor con mucho tino— las preconditiones ideales fueron necesarias y suficientes (para el desarrollo del capitalismo moderno, con sus peculiares características en Occidente) sólo cuando se combinaron con las preconditiones materiales relevantes”. Y eso ocurre en un momento histórico, dado que Weber no se cansa de afirmar frente

a sus críticos lo que ya había dicho y bien dicho: después de este “encuentro”, históricamente situado, el desarrollo del capitalismo moderno ya no se impulsa por la motivación ética del espíritu del capitalismo. A eso apunta la frase repetida, pero no del todo asumida: ese “caparazón ha quedado vacío de espíritu [...] y el capitalismo no requiere apoyo alguno de corte religioso, dado que, incluso, la idea del deber profesional ronda por nuestra vida como un fantasma de ideas religiosas ya pasadas”.

- 8) Hay una clave con la que se puede cerrar este intento de mostrar la fertilidad del trabajo crítico del editor: si, como afirma, en sus estudios sobre sociología de la religión las nociones cruciales para Weber son los conceptos de “visión del mundo” y sobre todo, subraya, el de “conducción de vida”, en la *Ética protestante* se estudia la cuestión de “cómo las ideas pueden llegar a tener una ‘eficacia’ histórica”. El ascetismo intramundano del calvinismo de los siglos XVI y XVII, que deriva de “las ideas de la predestinación y la eliminación de las señales externas de la condenación (o de ser salvo) —esa angustia, ese pavor constante de no saber si se forma parte del grupo de los que Dios sabe, ya, que se salvarán (específica “visión del mundo”)— dan base a un modo de “conducción de la vida” afin —“afinidades electivas”— al desarrollo de las características del capitalismo moderno, pero sobre todo, para los fines de quien esto lee en torno a la propuesta del guardagujas ciego, a la muy bien vista y señalada por Gil Villegas “paradoja de las ‘consecuencias no buscadas’ de la dinámica de la acción social, lo cual plantea la necesidad insoslayable de tener que combinar el método de la comprensión interpretativa, con el de la explicación causal externa”.
- 9) El párrafo intermedio de la página 27 de la introducción (donde se halla la cita anterior) es inapreciable en su valor para comprender la obra de Weber, y para entender que ese modo de hacer sociología tiene características profundas. Como alguna vez escuché comentar al autor/editor en el patio de El Colegio de México, en Weber claro que hay un sociólogo y fundamental, pero bien visto nos interpela un filósofo en el sentido más profundo de la palabra. En el silencio de la lectura, sólo roto por el sonido del trazo en la libreta de estudio, que el editor del libro lo es también: es el autor de la mirada, y es un privilegio que tengamos, en castellano, el libro más completo, claro y fundamentado (y abierto a la crítica como ha de ser) de la obra de indagación sociológica que lleva cien años debatiéndose. No será por ser intrascendente lo que está en juego en ella.

Creo que la analogía del guardagujas ciego tiene, como la del guardagujas sin adjetivos ni mutilaciones, límites; pero de nuevo, quizá no esté del todo errada como recurso en el debate, si el editor, un poco más adelante, nos dice que para entender bien esta obra, y poder en su caso criticarla, es preciso tomar en cuenta que: “El calvinista puritano no se propuso conscientemente ni deliberadamente esta (la ya referida) consecuencia económica, pero de todas maneras la generó. Por eso se produce aquí una paradoja de las consecuencias no buscadas, en donde resulta imprescindible separar, por un lado, la *comprensión* de las intenciones buscadas, de las consecuencias y efectos no buscados, por el otro”.

Esto, de manera harto sintética, es un programa, una perspectiva para el qué hacer en la sociología. Y esto hace suponer, y consigue a mi juicio, que Gil Villegas sabe que una edición crítica ha de ser “útil” en la medida en que, esclareciendo lo que en efecto buscó el autor (al que tanto conoce y con tanta tenacidad ha buscado conocer a lo largo de los años), permita el estudio de un clásico Weber que, al considerar la sociología como una ciencia de realidad, no una ciencia “formal”, está orientada a comprender explicando y explicar comprendiendo la acción social.

Que en los fenómenos sociales lo imprevisto, lo no buscado, y cuánto más si son concepciones del mundo, visiones, conducciones de vida: las maneras de ver las cosas y valorarlas, por ende las ideas, tienen eficacia histórica, nos pone frente a un autor que se jugó una apuesta fuerte y ha sido para bien; es menester, para hacer sociología, unir, tallar, embonar, relacionar o buscar, siempre, la confluencia de la explicación —fincada en la relación causa/efecto— con la interpretación, con la comprensión —el esquema de medios/fines—.

Y estar abiertos a lo que, creo, radicalmente muestra una distancia en la concepción profunda del quehacer científico de Weber con respecto a las tendencias deterministas: hay espacio, y más vale poner siempre esta condición como elemento indispensable, en toda explicación comprensiva, a lo imprevisto, lo no buscado, lo probable y su aparente fragilidad explicativa, en lugar de la pretendida fortaleza de lo inevitable y perfectamente predecible. No hay tal. En ningún campo científico, por duro que se proclame o así lo consideren modas, tan temporales y vacuas como las que son predominantes en la academia mexicana.

Gil Villegas, de la mano de Weber y la claridad del mundo complejo —que conoce bien y con generosidad comparte en esta obra importante—, ha construido una trayectoria sólida. Por afinidad electiva, por compromiso con el rigor, y sin que en esto medie casualidad alguna, sino compromiso intelectual, corre el riesgo de ser, en efecto, algo más que un sociólogo: se acerca al pensador, esa especie extraña que por el camino de la especialización se abre a un panorama de la condición humana en sociedad, donde la acción inesperada confluye y modifica rumbos. Con todas las aristas abiertas, y los riesgos asumidos, este libro conduce a un conocimiento más preciso del trabajo weberiano, y por ello su mejor fruto será conocerlo y entablar un diálogo que no excluya la crítica, pero la procure fundamentada.

En buena hora podemos hoy, que por efecto de una errada política que orienta la vida académica y la investigación, a escribir más de lo que se lee y estudia, poner en el escritorio un trabajo de largo aliento y que implica atención profunda y dilatada. Vale la pena.